

actualmente ostenta el Alcalde de Madrid, por cierto, tan vinculado a Toledo por razones de historia y lazos de amistad e intereses.

Francisco de Borja y Aragón, nació y pasó los primeros años de su niñez en esa tierra levantina gandiense, en ese trozo de paraíso donde la providencia debió quedar exhausta al derramar todos sus mejores dones. De muy niño, a los nueve años, ya degustó las amargas hieles del exilio al triunfar, por aquella región, las Germanías, por lo que de él se hizo cargo el Arzobispo de Zaragoza, Don Juan de Aragón, hermano de su difunta madre. A los doce, fué mandado a casa de la Infanta Doña Catalina, en Tordesillas, para que aprendiera y le fueran enseñadas cortesanas palaciegas. Dos años después, al contraer matrimonio la Infanta con el Rey Don Juan de Portugal, Francisco de Borja, por determinación de su padre, retorna a Zaragoza para, a los diecisiete, incorporarse en Toledo a la deslumbrante Corte de Carlos V, para quien llevó una carta de su progenitor en la que en su presentación al César le decía: «Porque comiencen a servir estos hijos que Dios me dió para dallos al servicio de V. Magestad, va Don Francisco».

Y dícese que Carlos V captó en seguida las excepcionales condiciones del valenciano que parece ser compartió la Emperatriz, si nó sucedió a la inversa, por cuyo parecer nosotros nos inclinamos.

Y nos inclinamos, porque aproximadamente al año de estancia en la Corte de los Césares, acaeció un hecho hartó significativo. Fué cuando las Cortes de Castilla reunidas en San Jerónimo de Madrid para prestar juramento de fidelidad al Príncipe Don Felipe, un caballero de la comitiva que iba junto al de Francisco de Borja, resbaló, dando con su cabeza en las grupas del suyo, y en movimiento de ágil escozor, como gran caballista que era, prendió entre sus brazos a la dama desmontada que resultó ser la portuguesa Leonor de Castro, la favorita de la Emperatriz, su mejor amiga, su confidente, su casi hermana, ya que por allá por tierras de la desembocadura del Tajo se habían criado juntas.

Y cuando poco después, por ser prerrogativa real, la Emperatriz Isabel interesaba del César el casamiento de su Leonor de Castro y aquél ponía a su disposición la elección entre sus caballeros, la Emperatriz, sin diálogo, como en otras ocasiones, consideraba como el elegido a Francisco de Borja, y aunque hubo reparos y oposiciones, pronto y coercitivamente fueron allanados para, no tardando, celebrarse la boda con la pompa y esplendor de aquella corte; y al matrimonio se les daba el título de Marqueses de Lombay, y a él se le designaba montero mayor del Emperador y caballero mayor de la Emperatriz y, a ella, camarera mayor de

esta última, y al primer hijo del matrimonio, Carlos, puesto en honor del César, lo apadrinaba Doña Isabel y su hijo Don Felipe, a la sazón de tres años, y los Marqueses de Lombay; en una palabra, eran los árbitros de aquella corte, máxime cuando las ausencias del titular eran prolongadas con lo que la Emperatriz conseguía el doble propósito de retener junto a sí a dos de sus más grandes amores, el de él, posiblemente, de distinta factura y filiación al de ella, pero ambos puros.

¿Existió entre la Emperatriz y Francisco de Borja aquélla atracción, más que atracción, amor, aunque por imposible romántico? ¿Quién en su vida no lo ha tenido?

Todos sus comentaristas de él se hacen lenguas y lo tratan con la discreción y mesura que el caso requiere; para nosotros es evidente que existió y fué conocido de los protagonistas, y de sus más próximos allegados, y de la corte, y trascendió a la calle, sin que en ninguno de estos sectores tan dados a la maledicencia en estas escabrosidades se osara poner una tilde de impureza en aquel amor que todavía está sin cantar en uno de los más bellos romances de todos los tiempos y que quizá, Garcilaso, de no haber muerto tan trágica y prematuramente, lo hubiera podido hacer por haber vivido, con Borja, el ambiente cortesano del Regio Alcázar.

En Toledo, pues, tuvo su gestación la trayectoria de la vida del Duque de Gandía y, para nosotros, aquel amor puro y hasta santo que tuvo a su Emperatriz, fué la causa inspiradora de los posteriores actos de su vida y por el que quizás llegó hasta situarse en el Santoral.

RAFAEL BRUN

